

—No vale la pena; yo vengo de allí; está enferma...

—¡Razón de más!

Volvió á ponerse la levita, y ya había cogido su palmatoria. Federico maldijo su necedad, y le manifestó que por decencia, debía quedarse a quella noche al lado de su mujer; no podía abandonarla sin que pareciera mal.

—Francamente; no sería usted razonable. Nada urge allí; mañana irá usted. Vamos, hágalo usted por mí.

Arnoux dejó la palmatoria y le dijo abrazándole:

— Es usted muy bueno.



### III

**D**ESDE entonces empezó para Federico una existencia miserable, convirtiéndose en el parásito de la casa.

Si se hallaba alguien indispuerto, venía tres veces al día á preguntar por su salud, iba á casa del afinador de pianos, inventaba mil atenciones, y sufría con aire de contento las malas caras de la señorita Marta y las caricias del joven Eugenio, que le pasaba constantemente por el rostro sus manos sucias. Asistía á las comidas en que el señor y la señora, uno enfrente de otro, no cambiaban una sola palabra, ó Arnoux mortificaba á su mujer con observaciones des-

atinadas. Concluída la comida jugaba con su hijo en el cuarto, se escondía detrás de los muebles ó bien se lo echaba á la espalda andando á cuatro patas; como el Bearnés. Por último se iba, y ella comenzaba inmediatamente á hablar de su eterno motivo de queja: Arnoux.

No eran sus desarreglos los que la indignaban. Pero parecía que su orgullo se molestaba, y dejaba ver su repugnancia hacia aquel hombre sin delicadeza, sin dignidad, sin honor.

—¡Más bien parece loco!—decía.

Federico provocaba diestramente sus confidencias, y muy pronto conoció toda su vida.

Sus padres eran modestas personas de Charres. Un día, Arnoux, dibujando á orillas del río (él se creía pintor en aquella época), la vió al salir de la iglesia y la pidió en matrimonio; en atención á su fortuna, no vacilaron; la amaba además perdidamente.

Y añadió:

—¡Aún me quiere, Dios mío, aunque á su manera!

El primer mes viajaron por Italia.

Arnoux, apesar de su entusiasmo por los paisajes y las obras maestras, no había hecho mas que lamentarse del vino, y organizaba meriendas, partidas de *pique-nique* con ingleses, para distraerse. Algunos cuadros bien revendidos le llevaron al comercio de las artes. Luego

se metió en manufacturas de porcelana. Al presente le ocupaban otras especulaciones, y, vulgarizándose más y más, adoptaba costumbres groseras y dispendiosas. Ella le reprochaba menos sus vicios que el resto de sus acciones. Ningún cambio podía llegar á realizarse, y la desgracia era irreparable.

Federico aseguraba que en su existencia, sentía análogo vacío.

Sin embargo, era muy joven. ¿Por qué desesperar? Y le daba ella buenos consejos:

—Trabaje usted. ¡Cátese usted!

El contestaba solo con amargas sonrisas, porque en vez de expresar el verdadero motivo de su pena, fingía otro sublime, haciéndose un poco el Antony, el maldito; lenguaje, por lo demás, que no desnaturalizaba por completo su pensamiento.

La acción, para ciertos hombres, es tanto más impracticable, cuanto el deseo es más fuerte. La desconfianza en sí mismos les embaraza, el temor de desagradar les espanta; además, los afectos profundos se parecen á las mujeres honestas, tienen miedo de ser descubiertos, y pasan la vida con los ojos bajos.

Aunque conociera más á la señora de Arnoux (quizás por esta razón) se sentía más cobarde que en otro tiempo. Todas las mañanas se juraba ser más atrevido; pero un pudor inven-

cible se lo impedía, sin que pudiera guiarse por ningún ejemplo, puesto que aquella se diferenciaba de las otras. Por la fuerza de sus sueños, la había colocado fuera de las condiciones humanas, y al lado de ella se sentía menos importante sobre la tierra que las tiritas de seda que se escapaban de sus tijeras de su dama.

Después pensaba en cosas monstruosas, absurdas, como sorpresas nocturnas, por medio de narcóticos y llaves falsas, pareciéndole todo más fácil que afrontar la desdén.

Por otra parte, los niños, las dos niñas, la disposición de las habitaciones, constituían obstáculos insuperables. Así que resolvió poseerla solo él, y marcharse á vivir juntos muy lejos, en el fondo de alguna soledad, y hasta pensaba en qué lago bastante azul, á orillas de qué playa bastante suave, si sería en España, en Suiza ó en Oriente; y, escogiendo expreso los días en que ella se mostraba más irritada, le decía que era preciso salir de aquello, imaginar un medio, y que no veía más que el de la separación. Pero el amor de sus hijos siempre la impediría llegar á esos extremos. Tanta virtud aumentó su respeto.

Sus tardes se pasaban recordando la visita de la víspera, deseando la de aquel día. Cuando no comía en casa de ellos, hacia las nueve, se apostaba en la esquina de la calle, y en cuan-

to Arnoux cerraba la puerta, Federico subía apresuradamente los dos pisos y preguntaba á la criada con cierta candidez:

—¿Está el señor?

Después fingía sorprenderse de que no estuviera.

Muchas veces volvía Arnoux de improviso, y entonces era preciso acompañarle á un cafetín de la calle de Santa Ana, que por entonces frecuentaba Regimbart.

El ciudadano empezaba por lanzar contra la corona alguna nueva culpa. Luego hablaban, dirigiéndose amistosas injurias; porque el fabricante tenía á Regimbart por un pensador de alto vuelo, y apesadumbrado de ver tantos talentos perdidos, le censuraba su pereza. El ciudadano juzgaba á Arnoux lleno de corazón y de imaginación, aunque decididamente demasiado inmoral; así le trataba sin la menor indulgencia y aún rehusaba comer en su casa, porque «las ceremonias le molestaban.»

Alguna vez, en el momento de despedirse, sentía Arnoux «necesidad» de tomar una tortilla ó manzanas cocidas; y como no se encontraban los comestibles nunca en el establecimiento, los enviaba á buscar. Esperaban; Regimbart no se iba, y acababa por aceptar algo refunfuñando.

Sin embargo, hallábase sombrío, puesto que

permanecía, durante horas enteras, frente al mismo vaso medio lleno. No arreglando la Providencia las cosas conforme á sus ideas, se volvía hipocondriaco, no quería ni aún leer los periódicos, y vomitaba rugidos al solo nombre de Inglaterra. En cierta ocasión gritó, porque un mozo le servía mal:

—¿No tenemos bastante con las afrentas del extranjero?

Fuera de estas crisis, permanecía taciturno, meditando «un golpe infalible para hacer estallar toda la máquina.»

Mientras que se perdía en sus reflexiones, contaba Arnoux, en voz monótona y con mirada algo extraviada por la embriaguez, increíbles anécdotas en que siempre había brillado, gracias á su aplomo: y Federico (índudablemente por profundas semejanzas), experimentaba una cierta inclinación hacia su persona. Reprochábase aquella debilidad, pensando que, por el contrario, debía aborrecerle.

Lamentábase Arnoux delante de él del genio de su mujer, de su terquedad, de sus injustas prevenciones. No era así en otro tiempo.

—En su lugar de usted—decía Federico, le señalaría una pensión y viviría solo.

Arnoux no contestaba nada; y un momento después hacía el elogio de ella. Era buena, inteligente, virtuosa; y pasando á sus cualidades

corporales, prodigaba las revelaciones, con el aturdimiento de esas gentes que enseñan sus tesoros en las posadas.

Una catástrofe destruyó su equilibrio.

Había entrado, como miembro del Consejo de vigilancia, en una compañía de kaolin (1). Pero fiándose en todo lo que le decían, había firmado informes inexactos y aprobado, sin comprobación, los inventarios anuales fraudulentamente redactados por el gerente. Ahora bien, la compañía había quebrado, y Arnoux, civilmente responsable, acababa de ser condenado, con los demás, á garantizar los daños y perjuicios, cosa que le ocasionaba una pérdida de cerca de treinta mil pesetas, agravada con los gastos del juicio.

Federico lo supo por un periódico, y voló á la calle del Paraíso.

Fué recibido en la habitación de la señora. Era la hora del desayuno, y sobre un velador cerca del fuego se veían los tazones de café con leche.

Las zapatillas estaban sobre la alfombra, los vestidos sobre los sillones. Arnoux, con pantalón y chaquetilla de tricot, tenía los ojos rojos y el pelo enmarañado; el pequeño Euge-

(1) Tierra que los chinos emplean en la composición de la porcelana; especie de feldespato.

nio, á causa de sus parótidas hinchadas, lloraba, mientras mascullaba su rebanada de pan con manteca; su hermana comía tranquilamente; la señora de Arnoux, algo más pálida que de costumbre, servía á los tres.

—¿Sabe usted ya?—dijo Arnoux suspirando fuertemente.

Y á un gesto de compasión de Federico, añadió:

—He sido víctima de mi confianza.

Luego se calló, y su abatimiento era tan grande, que rechazó el desayuno. La señora de Arnoux alzó los ojos y los hombros, pasándose las manos por la frente.

—Después de todo, no soy culpable. Nada tengo que reprocharme. Es una desgracia. Ya saldremos de ella. ¡Ah, sí, tanto peor!

Y cogió un bizcocho, obedeciendo también á los ruegos de su mujer.

A la tarde quiso comer solo, con ella, en un gabinete particular en la *Maison d'or*. Su señora no se explicaba aquel movimiento del corazón y se ofendió de creerse tratada como una entretenida; cosa que, por parte de Arnoux, representaba, por el contrario, una prueba de afecto. Aburrido, luego se fué á distraer casa de la Mariscalá.

Hasta el presente le habían pasado muchas cosas, por su carácter bonachón. Su proceso le

clasificó entre las gentes manchadas. La soledad se hizo alrededor de su casa.

Federico, como cuestión de honor, creyó frecuentarla más que nunca. Abonó un palco en los Italianos, y los llevaba allí una vez en semana. Hallábanse, sin embargo, los cónyuges, en ese período de las uniones desatadas, en que se produce una invencible laxitud por las concesiones que antes se han hecho mutuamente, y se convierte la existencia en intolerable. La señora se contenía para no estallar, Arnoux se entristecía, y el espectáculo de aquellos dos seres desgraciados apesadumbraba á Federico.

Habíale ella encargado, puesto que poseía su confianza, de que se enterase de sus negocios. Federico sufría y se avergonzaba de aceptar las comidas ambicionando á la mujer.

Continuó, sin embargo, así, dándose por pretexto que debía defenderla, y que ocasión se presentaría de serle útil.

Ocho días después del baile, había hecho una visita á Dambreuse. El negociante le ofreció una veintena de acciones en su empresa de hullas; Federico no había vuelto. Deslauriers le escribía cartas y las dejaba sin contestar. Pellerin le había invitado á que fuera á ver el retrato y siempre se excusaba. Cedió, no obstante á Cisy, que le apremiaba para conocer á Rosanette.

Recibióle ésta muy agradablemente, pero sin echarle los brazos al cuello como otras veces. Su compañero se consideró muy feliz con ser admitido en casa de una impura, y sobre todo con poder hablar con un actor: Delmar estaba allí.

Un drama en que había éste representado el papel de un aldeano que profetiza á Luis XIV el 89, le puso tan de relieve, que le fabricaban incesantemente el mismo papel; y sus funciones consistían, por entonces, en denostar á los monarcas de todos los países. Cervecero inglés, amonestaba á Carlos I; estudiante de Salamanca, maldecía á Felipe II, ó padre sensible, se indignaba contra la Pompadour ¡esto era lo más hermoso! Los pilletes le esperaban á la puerta del escenario, para verle; y su biografía, vendida en los entreactos, le pintaban cuidando á su anciana madre, leyendo el Evangelio, asistiendo á los pobres, con los colores, en una palabra, de un San Vicente de Paul con mezcla de Bruto y de Mirabeau. Decían: *Nuestro Delmar*. Tenía una misión, se convertía en Cristo.

Todo eso había fascinado á Rosanette; y se había desembarazado del tío Oudry que no era Cupido, sin preocuparse de nada.

Arnoux que la conocía se aprovechó de la coyuntura mucho tiempo para sostenerla con poco gasto; el buen hombre había venido, y

los tres procuraron no explicarse francamente. Pero las peticiones se renovaban con inexplicable frecuencia, puesto que ella llevaba un tren dispendioso; hasta había vendido su cachemira, deseando pagar las deudas antiguas, decía ella; y él siempre dando; embrujado por ella, abusaba de él sin piedad. Así las facturas, los recibos timbrados llovían en la casa. Federico presentía una crisis próxima.

Un día se fué él á ver á la señora de Arnoux, que había salido. El señor trabajaba abajo en el almacén.

Con efecto, Arnoux, en medio de sus cacharros, procuraba engañar á unos recién casados, provincianos. Hablaba de maniquetas y de contrafoques, del cajón de la cerveza y del barnizaje: los otros, no queriendo aparentar que nada comprendían; hacían gestos de aprobación y compraban.

Cuando los parroquianos se marcharon, contó que había tenido aquella mañana con su mujer un pequeño altercado. Para prevenir las observaciones sobre los gastos, había asegurado que la Mariscala no era ya su amante.

—Hasta le he dicho que lo era de usted.

Federico se indignó, pero sus reproches podían hacerle traición, y balbuceó:

—Ha hecho usted mal; pero muy mal.

—¿Qué importa eso?—dijo Arnoux—¿Dónde

está la deshonra de pasar por su amante. Yo lo soy verdaderamente. ¿No le agradecería á usted serlo?

—¿Habría ella hablado? ¿Sería una alusión? Federico se apresuró á responder:

—¡No; nada; al contrario!

—Bueno, ¿entonces?...

—Sí, es verdad, no importa nada.

Arnoux añadió:

—¿Por qué no va usted ya por allí?

Federico prometió volver.

—¡Ah, se me olvidaba! Debería usted... hablando de Rosanette... decir algo á mi mujer... algo que la persuada de que es usted su amante. Esto se lo pido á usted como un favor, ¿eh?

El joven, por toda respuesta, hizo un gesto ambiguo. Esa calumnia le perdía. Aquella misma tarde fué á verla y juró que la afirmación de Arnoux era falsa?

—¿De veras?

Parecía sincero: y, después de haber respirado ella ampliamente, dijo: «Le creo á usted» sonriendo agradablemente; luego bajó la cabeza, y sin mirarle, añadió:

—Por lo demás, nadie tiene derechos sobre usted.

Luego no adivinaba ella nada, y le despreciaba, puesto que no pensaba que pudiera

a marla lo bastante para serle fiel. Federico, olvidando sus tentativas cerca de la otra, encontraba el permiso ultrajante.

Aseguida rogóle ella que fuese alguna vez á casa de aquella mujer, para enterarse de lo que por allí pasaba.

Vino Arnoux, y cinco minutos después, quiso arrastrarle á casa de Rosanette.

La situación se hacía intolerable.

Le distrajo una carta del notario que debía enviarle al día siguiente 15.000 pesetas, y para reparar su descuido con Deslauriers, fué corriendo á comunicarle la buena noticia.

Vivía el abogado en la calle de las Tres Marías, piso quinto que daba á un patio. Su gabinete, piezecita embaldosada, fría y empapelada de color gris, tenía por principal adorno, una medalla de oro, premio de su doctorado, apoyada en un estuche de ébano contra el espejo. Un armario de caoba guardaba detrás de cristales unos cien volúmenes próximamente. La mesa, cubierta de badana, ocupaba el centro de la habitación, y cuatro butacas viejas de terciopelo verde, los rincones; algunas virutas se chamuscaban en la chimenea, donde siempre había un tronco de leña dispuesto para arder á toque de campana. Era la hora de las consultas; el abogado estaba de corbata blanca.

El anuncio de las 15.000 pesetas (con las

que indudablemente ya no contaba) le produjo un estremecimiento de placer.

—Muy bien, valiente amigo, muy bien, pero muy bien.

Arrojó leña al fuego, volvió á sentarse y habló inmediatamente del periódico. La primera cosa que había que hacer era desembarazarse de Hussonnet.

—Ese tunante me molesta. En cuanto á manifestar una opinión, la más equitativa, según mi sentir, y la más fuerte, es no tener ninguna.

Federico pareció admirado.

—¡Indudablemente! Ya es tiempo de tratar científicamente la política. Los viejos del siglo XVIII empezaban, cuando Rousseau, los literatos, introdujeron la filantropía, la poesía, y otras bromas con gran contentamiento de los católicos; alianza natural, por lo demás, puesto que los reformistas modernos (puedo probarlo) creen todos en la Revelación. Pero si ustedes cantan misas para Polonia, si en lugar del Dios de los dominios, que era un verdugo, colocan ustedes el Dios de los románticos, que es un tapicero; si, finalmente, no tienen ustedes de lo Absoluto un concepto más amplio que sus abuelos, la monarquía se traslucirá á través de las formas republicanas, y el gorro colorado no será jamás sino un solideo sacerdotal. Solo que el regimen ce-lular habrá reemplazado á la tortura, el ultraje

á la religión al sacrilegio, el concierto europeo á la Santa Alianza; y en ese hermoso orden que se admira, hecho de restos del tiempo de Luis XIV, de ruinas volterianas, con el estuco imperial, por encima, y fragmentos de constitución inglesa, se verá á los Consejos municipales intentando vejar al alcalde, los Consejos generales á su prefecto, las Cámaras al Rey, la prensa al poder, la administración á todo el mundo. Pero las buenas almas se extasían sobre el Código civil, obra fabricada, por más que se diga, con espíritu mezquino, tiránico; porque el legislador, en vez de cumplir su misión, que es regularizar la costumbre, ha pretendido modelar la sociedad como un Licurgo! ¿Por qué la ley ata al padre de familia en materia de testamento? ¿Por qué dificulta la venta forzosa de los inmuebles? ¿Por qué castiga como delito la vagancia, que ni aun falta debiera ser? Y mucho más aún. Yo conozco bien todo esto; así que voy á escribir una novelita titulada *Historia de la idea de justicia*, que será curiosa. Pero tengo una sed espantosa ¿y tú?

Asomóse á la ventana, y gritó al portero que fuese á buscar *grog*s á la taberna.

—En resumen, veo tres partidos... no, tres grupos, ninguno de los cuales me interesa: el de los que tienen, el de los que no tienen ya y el de los que procuran tener. Pero todos se con-



forman en la imbecil idolatría de la autoridad. Ejemplos: Mably recomienda que se impida á los filósofos publicar sus doctrinas; Wronski, geómetra, llama en su lengua á la censura «re-  
presión crítica de la espontaneidad especulativa;» el padre Entantin bendice á los Hapsburgos «por haber pasado por encima de los Alpes una pesada mano que apriete á Italia; Pedro Leroux quiere que se obligue á oír á un orador, y Luis Blanc se inclina á una religión de Estado: ¡tanta rabia de gobierno tiene ese pueblo de vasallos! Y sin embargo, ni uno solo es legítimo, á pesar de sus principios sempiternos. Pero como «principio» significa «origen,» es preciso referirse siempre á una revolución, á un acto de violencia, á un hecho transitorio. Así, el principio del nuestro es la soberanía nacional, comprendida en la forma parlamentaria, aunque no le convenga el parlamento! Pero en que la soberanía del pueblo será más sagrada que el derecho divino. Una y otro son dos ficciones. Basta de metafísica, basta de fantasmas. ¡No se necesitan dogmas para hacer barrer las calles! Se dirá que destruyo la sociedad. Bueno, ¿y qué? ¿qué mal habría en ello? ¡A fé que está bien la sociedad!

Federico hubiera tenido muchas cosas que contestarle. Pero viéndole lejos de las teorías de Sénecal se sentía lleno de indulgencia, con-

tentándose con objetar que semejante sistema haría que generalmente les aborreciesen.

—Al contrario, como habríamos dado á cada partido una prenda de odio contra su vecino, todos contarían con nosotros. Tu mismo vas á hacernos crítica trascendental.

Era preciso atacar las ideas admitidas, la Academia, la Escuela Normal, el Conservatorio, la Comedia francesa, todo lo que parezca una institución. Por este medio se daría un conjunto de doctrina á su revista. Después, cuando estuviera bien establecida, el periódico se convertiría de repente en diario, y entonces se ocuparía de las personas.

—Y está seguro que se nos respetará.

Deslauriers se aproximaba á su antiguo sueño; la redacción en jefe, es decir, á la inmensa felicidad de dirigir á los demás, de cortar á diestro y siniestro en sus artículos, pedirlos, rechazarlos.

Sus ojos chispeaban detrás de sus gafas, exaltábase y bebía copas y copas á sorbos, ma-  
quinalmente.

—Será preciso que des una comida por semana. Esto es indispensable aunque consumieras la mitad de tu renta. Querrán venir las gentes; eso será un centro para los demás, una palanca para tí; y manejando la opinión por los dos extremos, literatura y política, antes de seis

meses, ya verás, tendremos un puesto elevado en París.

Federico, oyéndole, experimentaba una sensación de rejuvenecimiento, como un hombre que, después de larga permanencia en una habitación, se vé transportado al aire libre. Aquel entusiasmo le arrastraba.

—Sí, he sido un perezoso, un imbécil, tienes razón.

—Perfectamente—dijo Deslauriers—recobro á mi Federico.

Y poniéndole el puño en la cara, añadió:

—¡Ah! mucho me has hecho sufrir, pero no importa, siempre te quiero.

Hallábanse de pié, y se miraban ambos enternecidos y prontos á abrazarse,

Una cofia de mujer apareció en el dintel de la antesala.

—¿Qué traes?—preguntó Deslauriers.

Era la señorita Clemencia, su amante.

Contestó ella que pasando casualmente por delante de la casa, no había podido resistir al deseo de verlo; y para hacer juntos una pequeña colación, le traía pasteles, que depositó sobre la mesa.

—Ten cuidado con mis papeles—replicó ágricamente el abogado—ya sabes que es la tercera vez que te prohibo venir á la hora de mis consultas.

Quiso ella abrazarle, pero rechazándola, le dijo:

—Véte inmediatamente.

Sollozó ella y Deslauriers añadió:

—Ya me estás fastidiando.

—Es que te amo.

—Yo no pido que me amen, sino que me complazcan.

Palabra tan dura contuvo las lágrimas de Clemencia. Se plantó delante de la ventana, y allí permaneció inmóvil con la frente contra los cristales.

Su actitud y su mutismo molestaban á Deslauriers.

—Cuando concluyas pedirás tu coche ¿eh?

Volvióse ella sobresaltada y dijo:

—¿Me despides?

—Exactamente.

Fijó en él sus grandes ojos azules, como una última súplica, iududablemente, después se cruzó las puntas de su pañuelo, esperó un minuto más y se marchó.

—Debieras llamarla—dijo Federico.

—¡Vaya!

Y como tuviera necesidad de salir, entró Deslauriers en su cocina, que le servía de tocador.

Allí encima del fregadero, cerca de un par de botas, los restos de un modesto almuer-

zo; un colchón con una manta andaba rodando por el suelo en un rincón.

—Esto te demuestra—dijo—que recibo pocas marquesas. Se pasa uno sin ellas, y otros también. Las que nada cuestan te quitan el tiempo, que es dinero bajo forma distinta, y yo no soy rico. Son además tan tontas, ¡tan tontas! ¿Puedes tú hablar con una mnjer?

Se separaron en el ángulo del Puente Nuevo.

—Quedamos convenidos; me llevarás la cosa mañana, en cuanto la tengas.

—Convenido—dijo Federico.

Al despertarse al día siguiente, recibió por el correo un bono de 15.000 pesetas contra el Banco.

Aquel pedazo de papel le representaba 15 sacos grandes de plata, y díjose que con semejante suma podría, primeramente, conservar su coche durante tres años, en vez de venderle, como se veía obligado á hacer dentro de poco, ó comprarse dos lindas armaduras adamasquinadas que había visto en el muelle de Voltaire, luego muchas cosas más, pinturas, libros, y ¡cuántos ramos de flores que regalar á la señora de Arnoux! Todo valdría más, en fin que arriesgar, que perder tanto dinero en aquel periódico. Parecíale Deslauriers presuntuoso y le enfrió su insensibilidad de la víspera. Abandonábase Federico á estos sentimientos, cuando se

vió sorprendido por Arnoux que entraba, y que se sentó pesadamente sobre el borde de la cama como hombre acabado.

—¿Qué es lo que hay?

—¡Estoy perdido!

Tenía que entregar aquel mismo día, en el estudio del Sr. Beauminet, notario de la calle de Santa Ana, 18.000 pesetas, prestadas por un tal Vanneroy.

—Es un desastre inexplicable. Y sin embargo, le he dado una hipoteca que debiera tranquilizarle. Pero me amenaza con una citación si no se le paga esta misma tarde ¡enseguida!

—¿Y entonces?

—Entonces es muy sencillo. Hará que me expropien mi inmueble. El primer anuncio me arruina, eso es todo. ¡Ah! si encontrase alguno que me adelantara esa maldita suma, ocuparía el lugar de Vanneroy y yo me salvaría! ¿No la tendría usted por casualidad?

El cheque estaba sobre la mesa de noche, cerca de un libro.

Federico levantó el volumen y lo puso encima, contestando:

—Dios mío, no, querido amigo.

Pero le costaba no complacer á Arnoux.

—¡Cómo! ¿No encuentra usted ninguna persona que quiera...?

—¡Nadie! ¡y pensar que de aquí á ocho días

tendré ingresos! Me deben quizás... 50.000 pesetas en fin de mes!

—No podría usted rogar á los individuos que le deben, que adelantaran...?

—¡Ya, ya!

—¿Pero tendrá usted algunos valores, billetes?

—¡Nada!

—¿Qué hacer?—dijo Federico,

—Eso es lo que yo me pregunto—contestó Arnoux.

Y se calló, paseando á lo largo de la habitación.

—¡No se trata de mí, Dios mío, sino de mis hijos, de mi pobre mujer!

Después, añadió, deteniéndose á cada palabra:

—En fin... seré fuerte... embalaré todo... y me iré á buscar fortuna... no sé dónde.

—¡Imposible!—exclamó Federico.

Arnoux repuso con calma:

—¿Cómo quiere usted que viva yo en París, ahora?

Silencio prolongado.

Federico empezó á decir:

—¿Cuándo devolvería usted ese dinero?

No porque él lo tuviera: al contrario. Pero nada le impedía ver á algunos amigos, hacer gestiones. Y llamó á su criado para vestirse. Arnoux le daba gracias.

—¿Son dieciocho mil pesetas lo que usted necesita, no es verdad?

—¡Oh! Me contentaría con dieciseis mil. Porque reuniré dos mil quinientas, tres mil con mi plata, suponiendo que Vanneroy me dé de plazo hasta mañana; y, se lo repito á usted, puede usted afirmar, jurar al prestamista, que dentro de ocho días, quizás cinco ó seis, será reembolsado el dinero. Además, la hipoteca responde. No hay, pues, peligro; ¿comprende usted?

Federico le aseguró que comprendía y que iba á salir inmediatamente.

Volvió á su casa, maldiciendo á Deslauriers, porque quería cumplir su palabra, y complacer, sin embargo, á Arnoux.

—¿Si me dirigiese al Sr. Dambreuse? Pero ¿con qué pretexto pedirle dinero? Soy yo el que tiene que llevárselo por sus acciones de hullas. ¡Que se vaya á paseo con sus acciones! ¡No se las debo!

Y Federico se aplaudía su independencia, como si hubiera rehusado un servicio al señor Dambreuse. Y enseguida se dijo:

—Pierdo por un lado, pues con quince mil pesetas podría ganar cien mil... en la Bolsa, eso se ve algunas veces... Ya que yo pierdo, ¿no podría esperar Deslauriers? No, no, no estaría bien hecho; vamos allá.

Miró su reló:

—No hay prisa. El Banco no se cierra hasta las cinco.

Y á las cuatro y media, cuando tuvo su dinero, añadía: «Ya es inútil, no lo encontraría ahora; iré esta noche» dándose así el medio de cambiar de parecer, porque siempre queda en la conciencia algo de los sofismas que en ella han penetrado; se conserva el sabor como sucede con un licor de mala clase.

Paseóse por los bulevares, y comió solo en el restaurant. Después pasó un acto en el Vaudeville, para distraerse. Pero sus billetes de Banco le molestaban como si los hubiese robado. No le habría pesado perderlos.

Al volver á su casa, encontró una carta con estas palabras:

«¿Qué hay de nuevo?

»Mi mujer une á los míos sus votos, queriendo amigo, en la esperanza, etcétera.

»De usted, etc.»

Y un párrafo,..

—¡Su mujer! ¡Ella me suplica!

En el mismo momento, apareció Arnoux, para saber si había recibido la suma urgente.

—Aquí está—dijo Federico.

Y veinticuatro horas después contestó á Deslauriers:

—«No he recibido nada.»

El abogado volvió tres días seguidos. Le apremiaba para que escribiese al notario, y hasta ofreció hacer el viaje al Havre.

—No, es inútil; voy á ir yo.

Al espirar la semana, Federico pidió tímidamente al Sr. Arnoux sus quince mil pesetas. Arnoux lo remitió al día siguiente, después al otro. Federico se arriesgaba á salir bien entrada la noche, temiendo que Deslauriers le sorprendiera. Una de ellas, tropezó con él.

—Voy á buscarlas—dijo.

Y Deslauriers le acompañó hasta la puerta de una casa en el barrio Poissonnière.

—Espérame.

Esperó. Por fin, después de cuarenta y tres minutos, Federico salió con Arnoux, y le hizo seña de que tuviera un poco más de paciencia. El comerciante de porcelanas y su compañero subieron, dándose el brazo, la calle de Hauteville, y tomaron enseguida la calle de Chabrol.

La noche era oscura, con ráfagas de aire tibio. Arnoux andaba despacio, hablando de las Galerías del Comercio: una série de pasajes cubiertos que conducirían del bulevar San Dionisio al Chatelet, especulación maravillosa, en que tenía muchas ganas de entrar; deteníase de cuándo en cuándo para ver por los cristales de las tiendas la figura de las grisetas, y después continuaba su discurso.